

que ustedes se satisfagan. — Sí, Januarito, anda, dínos cómo está eso, dijo la prima. — Mas el demonio de Juan Largo sabía tanto de cometas como de pirotecnia, pero no era muy tonto, y así sin cortarse respondió: — Prima, ese encargo se lo puedes hacer á mi amigo Perico por dos razones: la una, porque es muchacho muy hábil, y la dos, porque siendo esta súplica tuya, propia para hacer lucir una buena explicación cometal, por regla de política debemos obsequiar con estos lucimientos á los huéspedes. Conque vamos, suplécale al *Sarnientito* que te lo explique: verán ustedes qué pico de muchacho. Así que él no esté con nosotros yo te explicaré, no digo qué cosa son cometas, y por dónde caminan, que es lo que ha apuntado el padrecito, sino que te diré cuántos son todos los luceros, cómo se llama cada uno, por dónde andan, qué hacen, en qué se entretienen, con todas las menudencias que tú quieras saber, satisfecho que tengo de contentar tu curiosidad por prolija que sea, sin que haya miedo que no me creas, pues como dijo tío Quevedo:

El mentir de las estrellas  
Es un seguro mentir,  
Porque ninguno ha de ir  
A preguntárselo á ellas.

Conque ya quedamos, Poncianita, que te explicará el cometa al derecho y al revés mi amigo Perucho,

mientras yo, con licencia de estos señores, voy á ensillar mi caballo. — Y diciendo y haciendo se disparó fuera de la sala sin atender á que yo decía, que estando allí los señores padres, ellos satisfarían el gusto de la señorita mejor que yo. No valió la excusa: el vicario de Tlalnepantla me había conocido el juego, y porfiaba en que fuera yo el explicador. Yo, decía: — No, señores; fuera una grosería que yo quisiera lucir donde están mis mayores. — El cura, que era tan socarrón como serio, al oír esta mi urbanidad, se sonrió al modo de conejo y dijo: — Sabrán ustedes, para bien saber, que en tiempo de marras, había en mi parroquia un cura muy tonto y vano, entre los que eran más tontos; él, pues, un día estaba predicando lleno de satisfacción cuantas majaderías se le venían á la cabeza á unos pobres indios que eran los que únicamente podían tener paciencia de escucharlo. Estaba en lo más fervoroso del sermón, cuando fué entrando en la iglesia el arzobispo mi señor, que iba á la santa visita. Al instante que entró alborotóse el auditorio y turbóse el predicador, siendo su sorpresa mayor que si hubiese visto al diablo. Callóse la boca, quitóse el bonete, y diciendo su ilustrísima que continuara, exclamó: — ¡Cómo era capaz, señor ilustrísimo, que estando presente mi prelado, fuera yo tan grosero que me atreviera á seguir mi sermón! Eso no; suba usía ilustrísima, y acábelo, mientras acabo yo

la misa *pro populo*. — El arzobispo no pudo contener la risa de ver la grande urbanidad de este cura ignorante, y lo bajó del púlpito y del curato. Apliquen ustedes. — Calló el padre gordo diciendo esto. Sonrióse el vicario y las mujeres, y yo no dejé de correrme, aunque me cabía cierta duda en si lo diría por mi política ó por la de Juan Largo; mas no duré mucho en esta suspensión, porque el zaragate del padre vicario probó de una vez todo su arbitrio, diciendo á la Poncianita: — Usted, niña, elija quién ha de explicar lo que es cometa, el colegial ó yo; y si la elección recae en mí, lo haré con mucho gusto, porque no me agrada que me rueguen, ni sé hacer desaire á las señoras. — Sin duda la guiñó del ojo; porque al instante me dijo la prima de Largo: — Usted, señor, quisiera me hiciera ese favor. — No me pude escapar: me determiné á darle gusto; mas no sabía ni por dónde comenzar, porque maldito si yo sabía palabra de cometas, ni cometas: sin embargo, con algún orgullo (prenda esencialísima de todo ignorante) dije: — Pues, señores, los cometas, ó las cometas, como otros dicen, son unas estrellas más grandes que todas las demás; y después que son tan grandes, tienen una cola muy larguísima... — ¿Muy larguísima? dijo el vicario. — Y yo, que no conocía que se admiraba de que ni castellano sabía hablar, le respondí lleno de vanidad: — Sí, padre, muy larguísima; ¿pues qué, no la ha visto usted? — Vaya, sea por Dios, me

contestó. — Yo proseguí: — Estas colas son de dos colores, ó blancas ó encarnadas; si son blancas, anuncian paz ó alguna felicidad al pueblo, y si son coloradas, como teñidas de sangre, anuncian guerras ó desastres; por eso *la* cometa que vieron los reyes magos tenía su cola blanca, porque anunció el nacimiento del Señor y la paz general del mundo, que hizo por esta razón el rey Octaviano, y esto no se puede negar, pues no hay nacimiento alguno en la Nochebuena que no tenga su cometita con la cola blanca. El que no los veamos muy seguido es porque Dios los tiene allá retirados, y sólo los deja acercarse á nuestra vista cuando han de anunciar la muerte de algún rey, el nacimiento de algún santo, ó la paz ó la guerra en alguna ciudad, y por eso no los vemos todos los días, porque Dios no hace milagros sin necesidad. El cometa de este tiempo tiene la cola blanca, y seguramente anuncia la paz. Esto es, dije yo muy satisfecho, esto es lo que hay acerca de los cometas. Está usted servida, señorita. — Muchas gracias, dijo ella. — No, no muchas, dijo el vicario; porque el señorito, aunque me dispense, no ha dicho palabra en su lugar, sino un atajo de disparates endiablados. Se conoce que no ha estudiado palabra de astronomía, y por lo propio ignora qué cosas son estrellas fijas, qué son planetas, cometas, constelaciones, dígitos, eclipses, etc., etc. Yo tampoco soy astrónomo, amiguito; pero tengo alguna tintura de una que

otra cosilla de éstas; y aunque es muy superficial, me basta para conocer que usted tiene menos, y así habla tantas barbaridades; y lo peor es que las habla con vanidad, y creyendo que entiende lo que dice y que es como lo entiende; pero para otra vez no sea usted cándido. Sepa usted que los cometas no son estrellas, ni se ven por milagro, ni anuncian guerras, ni paces, ni la estrella que vieron los reyes de Oriente cuando nació el Salvador era cometa, ni Octaviano fué rey, sino César ó emperador de Roma, ni éste hizo la paz general con el mundo por aquel divino natalicio, sino que el príncipe de la paz, Jesucristo, quiso nacer cuando reinaba en el universo una paz general, que fué en tiempo de Augusto César Octaviano, ni crea usted, finalmente, ninguna de las demás vulgaridades que se dicen de los cometas; y porque no piense usted que esto lo digo á tintín de boca, le explicaré en breve lo que es cometa. Oiga usted: los cometas son planetas como todos los demás; esto es, lo mismo que la *Luna*, *Mercurio*, *Venus*, la *Tierra*, *Marte*, *Júpiter*, *Saturno* y *Herschel*, los cuales son unos cuerpos esféricos, (esto es, perfectamente redondos, ó como vulgarmente decimos, unas bolas); son opacos, no tienen ninguna luz de por sí, así como no la tiene la tierra, pues la que reflectan ó nos envían se la comunica el sol. La causa de que los veamos de tarde en tarde, es porque su curso es irregular respecto á los demás plane-

tas, quiero decir: aquéllos hacen sus giros sobre el sol esférica, y éstos elípticamente; pues unos dan su vuelta redonda y otros (los cometas) larga; y esta es la causa porque teniendo más camino que andar, nos tardamos nosotros más en verlos; así como más pronto verá usted al que haya de ir y venir de aquí á México que al que haya de ir y venir de aquí á Guatemala; porque el primero tiene menos que andar que el segundo. Esas colas que se les advierten, no son, según los que entienden, otra cosa más que unos vapores que el sol les extrae é ilumina, así como ilumina la ráfaga de átomos cuando entra por una ventana; y este mismo sol, conforme la disposición en que comunica su luz á este vapor, hace que estas colas de los cometas nos presten un color blanco ó rojo, para cuya persuasión no necesitamos atormentar el entendimiento, pues todos los días advertimos las nubes iluminadas con una luz blanca ó roja, según su posición respecto al sol.<sup>1</sup> En virtud de esto, nada tenemos que esperar favorable del color blanco de las colas de los cometas, ni que temer adverso por su color rojo. Esto es lo más fundado y probable por los físicos en esta materia; lo demás son vulgaridades que ya todo el mundo desprecia. Si usted quisiere imponerse á fondo de estas cosas, lea al padre Almeida, al Brisson,

<sup>1</sup> Estas explicaciones del padre vicario indican que tampoco él estaba muy instruido en el asunto. E.